

NUEVA EVANGELIZACION Y CONTRARREVOLUCION

POR

ESTANISLAO CANTERO

Desde hace algunos años encontramos en los documentos del Magisterio de la Iglesia la expresión «nueva evangelización». No se trata de una cuestión de oportunidad ante la proximidad de determinados acontecimientos como el V centenario de la evangelización de América o el segundo milenio del cristianismo. La Iglesia es evangelizadora por su propia naturaleza. Y tanto su doctrina como su historia lo acreditan suficientemente.

Tampoco hemos de pensar que cambia la naturaleza de la evangelización, ni la doctrina que se enseña, ni sus destinatarios, ni los fines perseguidos ni las razones que mueven a la Iglesia. La Iglesia, repetimos, es evangelizadora por su propia naturaleza y esa misión, como hemos aprendido en el catecismo, nos corresponde, desde siempre, a todos los católicos.

La novedad de esta tarea evangelizadora a la que se exhorta a la Iglesia, consiste, principalmente, en determinar y utilizar nuevos métodos que resulten apropiados para los tiempos actuales. Pero también, en estos tiempos en que la tentación para los cristianos de acomodarse a las circunstancias, conformándose con la vida muelle proporcionada por la sociedades desarrolladas puede ser más fuerte, en resaltar que la misión de evangelizar nos corresponde a todos los católicos, sobre todo a los que vivimos en naciones de historia católica cuando éstas naciones se apartan más y más de la herencia cristiana. Y por ello mismo, en destacar que para que esa evangelización sea eficaz, es necesario adquirir la mejor formación en el conocimiento de la doctrina que decimos profesar. Todo ello acompañado de una vida auténticamente cristiana.

En definitiva, en huir de conformarse con un catolicismo *light*. Ante la situación de las otrora naciones católicas, en las que hoy tan sólo perdura una herencia cristiana, cada vez más tenue y dilapidada, la Iglesia nos exhorta para que, plenamente conscientes de esta situación, pongamos todo lo que está en nuestras manos, para modificar ese desolador panorama y poder retornar, de una forma renovada, a unas sociedades cristianas.

Juan Pablo II utiliza con frecuencia la expresión y la idea que expresa se encuentra ya, al menos en cierto modo, en la encíclica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* y en algunos documentos del Concilio Vaticano II.

Pablo VI había indicado: «Las condiciones de la sociedad nos obligan (...) a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana» (1). Es la realidad del momento presente, la situación de las sociedades y de las culturas actuales, la que lleva a la Iglesia a considerar que es necesaria una modificación en su tarea evangelizadora. Se trata, pues, de una adaptación de la misión de evangelización a las realidades que presentan las sociedades actuales, con el propósito de lograr que sea más eficaz, a fin de que los hombres y el mundo se conviertan a Cristo Nuestro Señor. En su Discurso a la Comisión Pontificia para América Latina de 7 de diciembre de 1989, Juan Pablo II indicaba: «Hay que estudiar a fondo en que consiste esta nueva evangelización, ver su alcance, su contenido doctrinal e implicaciones pastorales; determinar los métodos más apropiados para los tiempos que vivimos; buscar una expresión que la acerque a la vida y a las necesidades de los hombres, sin que por ello pierda nada de su autenticidad y fidelidad a la doctrina de Jesús y a la Tradición de la Iglesia».

No está en absoluto de más señalar lo que la Iglesia considera que es evangelizar, si bien de manera ciertamente somera

(1) PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 18, PPC, 12.^a ed., Madrid, 1985, págs. 12-13.

y fijándonos con prioridad en aquellos aspectos que más nos afectan y más nos interesan. Sobre todo cuando la evangelización tiene cierta conexión con la Contrarrevolución como trataremos de mostrar.

«Evangelizar, dice Pablo VI, significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad» (2). Abarca, pues, una doble dimensión: personal y social. No es sólo el hombre individual, cada hombre, quien debemos convertirnos por medio del bautismo y la vida de Cristo; también la vida de los hombres en sociedad es la que tiene que convertirse a Cristo. El mismo Pablo VI lo decía con toda claridad: «Pero la verdad es que no hay *humanidad nueva* si no hay, en primer lugar, *hombres nuevos*, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior, y, si hubiera que resumirlo es una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos» (3). No se trata, tan sólo, continúa más adelante, de que el Evangelio llegue a «zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (4). La tarea, pues, evangelizadora, no es sólo la de los misioneros en tierras de misión, sino también la de todos los cristianos en sus propias sociedades. Como indica poco después, aunque el Evangelio y la evangelización no se

(2) PABLO VI, *op. cit.*, 18, ed. cit., pág. 23.

(3) PABLO VI, *op. cit.*, 18, ed. cit., pág. 24.

(4) PABLO VI, *op. cit.*, 19, ed. cit., pág. 24.

identifican con la cultura, se trata de impregnar a todas las culturas sin someterse a ninguna de ellas (5).

La evangelización, pues, podemos decir, aspira y pretende hacer no sólo cristianos sino también sociedades cristianas. De ahí que el mismo Papa indique el mal de la desaparición de aquellas sociedades y la necesidad de remediarlo: «La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna —dice con toda claridad—, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva» (6).

¿Y cómo se evangeliza? Mediante el testimonio y la proclamación de la Verdad, del Evangelio. En efecto, «evangelizar, recuerda Pablo VI, es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo» (7). Pero, como él mismo indica, el testimonio no es suficiente, «pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado —lo que Pedro llamaba dar 'razón de vuestra esperanza'—, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús (...). No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (8). Y el resultado de la evangelización, si ésta se ha logrado, es la adhesión a la Iglesia, a la integridad de su doctrina, a la vida sacramental y a la iniciativa de apostolado (9).

La tarea de los laicos es imprescindible y a ellos les corresponde en grado superlativo. No es algo sobreañadido a nuestra condición de católicos, sino consecuencia obligada de ser discípulos de Cristo. Y esto nos corresponde a todos, según nuestra respectiva capacidad y en nuestras correspondientes esferas de

(5) PABLO VI, *op. cit.*, 20, ed. cit., pág. 25.

(6) PABLO VI, *op. cit.*, 20, ed. cit., pág. 25.

(7) PABLO VI, *op. cit.*, 26, ed. cit., pág. 29.

(8) PABLO VI, *op. cit.*, 22, ed. cit., pág. 26.

(9) Cfr. PABLO VI, *op. cit.*, 23-24, ed. cit., págs. 27-28.

competencia. La Iglesia insiste reiteradamente en ello, como podemos apreciar en los documentos de Juan Pablo II, de los que citamos una pequeña muestra.

Dirigiéndose a los obispos de Uruguay el 8 de mayo de 1988, indicaba: «compete a los laicos santificar las estructuras temporales» (10). «Frente a concepciones laicistas en el ámbito social y cultural, *hacen falta cristianos que sean fuertes en la fe* (1 Pe 5, 9), que 'combatan el buen combate' (1 Tim. 6, 12) de que nos habla San Pablo, decididos a identificarse con Jesucristo y a impregnar la cultura con los principios y enseñanzas del cristianismo» (11).

El día 9 de mayo de 1988, dirigiéndose a todos los uruguayos, repetía lo que había dicho el 9 de marzo de 1983 al CELAM: que la «nueva evangelización» debía ser: «*Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión*» (12).

«Será nueva en su ardor si a medida que se va obrando corroboráis más y más la unión con Cristo, primer evangelizador» (13). Es decir, que ha de fundamentarse en la santidad personal. Y añadía que debía irradiar y comunicarse a los demás: «Sentir ardor apostólico significa tener hambre de contagiar a otros la alegría de la fe» (14).

«*La evangelización será nueva en sus métodos si cada uno de los miembros de la Iglesia se hace protagonista de la difusión del mensaje de Cristo*» (15).

«La evangelización es, pues, tarea de todos los miembros de la Iglesia. Todos los fieles bajo la guía de sus Pastores han de ser verdaderos apóstoles». «Se trata de un apostolado que está al alcance de todos los cristianos en su entorno familiar, laboral y

(10) JUAN PABLO II, *La nueva evangelización. Viaje apostólico a Uruguay, Bolivia, Perú y Paraguay* (7-19 de mayo de 1988), BAC, Madrid, 1988, pág. 40.

(11) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 43.

(12) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 54.

(13) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 54.

(14) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 55.

(15) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 55.

social. Es un apostolado que tiene como principio imprescindible el buen ejemplo en la conducta diaria —a pesar de las propias limitaciones personales— y que debe continuarse con la palabra, cada uno de acuerdo con su situación en la vida privada y en la vida pública» (16).

«Para que la evangelización sea "nueva" también "en su expresión" (...) cada hombre y cada mujer cristianos han de adquirir un sólido conocimiento de las verdades de Cristo —adecuado a su propia formación cultural e intelectual— siguiendo las enseñanzas de la Iglesia» (...).

«Esa profunda formación cristiana le permitirá verter 'el vino nuevo' de que nos habla el Evangelio en 'odres nuevos' (Mt. 9, 17): *anunciar la Buena Noticia con un lenguaje que todos puedan entender*» (17).

Y en otra ocasión, hablando a los obispos bolivianos el 9 de mayo de 1988, insistirá en que es preciso adquirir «la solidez doctrinal necesaria para hacer frente a ideas, mentalidades y sistemas que no estén de acuerdo con la fe genuinamente profesada» (18).

En la alocución a los Obispos de Uruguay, al referirse a la «nueva etapa de evangelización», destacaba la importancia capital de la labor de formación (19), a fin de que pueda «repercutir en toda la vida social, impregnando todos los aspectos de la cultura», pues «no basta mirar a que se conserve la fe de algunos: *hace falta —lo sabéis bien— que la vida misma del país en todas sus manifestaciones sea conforme con los principios evangélicos*» (20). Se trata de un camino —el de la evangelización— «que conseguirá restaurar la civilización del amor y conducir a todos a la plenitud de gozo del reino de los cielos» (21).

Su objetivo, pues, aunque consiste en la salvación de las almas, no cae en el error de creer, que para nuestra salvación resulta

(16) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 56.

(17) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 56.

(18) JUAN PABLO II, *La nueva...*, págs. 69-70.

(19) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 40.

(20) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 39.

(21) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 39.

indiferente el ambiente, las instituciones, las legislaciones y los sistemas sociales y políticos. Por el contrario, la insistencia del Papa en la necesidad de instaurar y restaurar las sociedades en Cristo es constante. El resultado de la evangelización proporcionará esos cambios.

Así, Juan Pablo II señala la maldad del abandono de la ley de Dios por las sociedades actuales. En efecto, continuamente se esfuerza en mostrar que las razones «de tantas situaciones de injusticia y de opresión, de desprecio de los derechos fundamentales de la persona» (...) y de muchos de los males de las sociedades actuales «proceden, en definitiva, de una *gran carencia de Dios en los corazones*, de una *pérdida del sentido trascendente de la vida* y de la *ruina de los valores superiores* que han dado sentido al hombre en su caminar histórico» (22). Por ello, indica que en aquellos lugares «donde existen tantos ejemplos y estructuras de injusticia» es necesario «tratar de cambiar esas situaciones concretas con métodos evangélicos» (23).

Y como «de la forma dada a las sociedades, conforme o no a las leyes divinas depende y se deriva también el bien o el mal de las almas», según señalaba Pío XII (24), es necesario lograr que las sociedades sean conformes con las leyes divinas. Eso será resultado de la evangelización.

«La nueva evangelización, impulsada por el mandamiento del amor, dice Juan Pablo II, *hará brotar la deseada promoción de la justicia* y el desarrollo en su sentido más pleno, así como la justa distribución de las riquezas y el respeto de la dignidad de la persona...» (25).

Y cuando exhorta continuamente a los jóvenes, como a los de Bolivia, a prepararse «para ser los hombres y mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales económicas, culturales, políticas y eclesiales de vuestro país (...) que permitan

(22) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 118.

(23) JUAN PABLO II, *La nueva...*, págs. 71-72.

(24) Pío XII, *La solemnità 5*, en *Doctrina Pontificia. Documentis sociales*, BAC, 2.^a ed., Madrid, 1964, pág. 867.

(25) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 57.

alcanzar un desarrollo cada vez más humano y más cristiano» (26), sería absurdo pensar que el Papa incita a una actitud defensiva, de respuesta permanente a la agresión continua efectuada por un mundo secularizado que rechaza a Dios; se trata, por el contrario, de incitar a los hombres para que construyan, con todas las deficiencias humanas, un mundo que responda a las exigencias cristianas. En efecto, así se desprende de sus palabras al referirse a la evangelización auténtica e integral, cuyo mandato de evangelizar obliga a todos los hombres: «Se dirige a los profesionales y a los hombres de cultura, para que impregnen las realidades temporales del espíritu evangélico» (27). Por ello, dice en otro lugar, que la nueva evangelización se caracteriza también porque «a la vez que anuncia a Jesucristo allí donde aún no lo conocen, *planteará mayores exigencias a quienes ya pertenecen a su grey*» (28). Estas mayores exigencias consisten en convertirse en auténticos agentes de evangelización, a fin de que la sociedad, no sólo en los hombres que la componen, sino también en las instituciones y en sus sistemas de vida y de organización, respondan a los mandatos cristianos.

En efecto, en el discurso al mundo de la cultura y a la clase dirigente de la sociedad boliviana el 12 de mayo de 1988, indica: «(...) las inmensas virtualidades del mensaje cristiano que ha de inspirar vuestra vida y toda vuestra actividad y que se concreta en la llamada doctrina social católica (...), «intenta guiar a los hombres para que ellos mismos, con la ayuda de la razón y de las ciencias humanas, den una respuesta a su vocación de constructores responsables de la sociedad terrena» (29); y recuerda que esa sociedad justa será imposible si no tenemos bien presente lo que dice el salmo: «Si el Señor no construye la casa, en vano se fatigan los constructores» (30). Por eso, la evangelización ha de «fructificar en criterios de juicio, modelos de comportamiento y —su-

(26) JUAN PABLO II, *La nueva...*, págs. 122-123.

(27) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 132.

(28) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 203.

(29) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 137.

(30) JUAN PABLO II, *La nueva...*, págs. 137-138.

brayamos nosotros— en fuentes de inspiración de toda la vida de una sociedad, en perfecta coherencia con los valores del mismo Evangelio» (31).

Después de recordar la exigencia de «coherencia entre lo que creís y lo que hacéis» añade: «A los laicos os compete de manera específica *estructurar la sociedad según el querer de Dios*, procurando que haya leyes justas, instituciones adecuadas y que a nadie le falten los medios necesarios para llevar una vida digna y plena, abierta a la dimensión sobrenatural» (32).

La construcción del reino de Dios no es sólo algo propio de nuestra intimidad personal. El «hombre nuevo» de que habla San Pablo, comienza por la conversión del corazón a Dios. Pero no se detiene ahí, va acompañada de su manifestación exterior hacia el resto de los hombres y de la sociedad con el ánimo de convertir todo a Dios. Juan Pablo II lo dice con claridad cuando indica que los designios de Dios «son construir el orden de la verdad y del bien, renovando la vida de las comunidades y de toda la sociedad humana».

«A los hombres y a las sociedades corresponde asumir la tarea de conversión y de transformación (...) es la enseñanza que encontramos en el libro del Profeta Isaías: el eterno grito de Dios, que quiere sacar de su precaria situación, de cara a la salvación definitiva, al hombre, a los pueblos, a las naciones, y restaurar a la vez la justicia y honestidad de costumbres en los campos de la vida social, económica y política» (33).

Y reiteradamente enseña: «Todos vosotros estáis llamados a construir esa sociedad nueva. Pero no se edifica una sociedad sin Dios, sin la ayuda de Dios: sería una contradicción. Es Dios la garantía de una sociedad a medida del hombre» (34).

La reconstrucción social a la que se nos exhorta a todos los católicos y a la cual todos estamos obligados, en congruencia con la integridad de la fe, es la de una sociedad plenamente católica

(31) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 139.

(32) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 153.

(33) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 159.

(34) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 159.

en todas sus instituciones: «... puesto que la misión salvífica y liberadora de la Iglesia se lleva a cabo en el contexto de la historia humana y de las relaciones sociales, ella ofrece y sostiene su propia visión del hombre y de la sociedad e invita a aceptar sus orientaciones que debieran considerarse esenciales por quienes están desempeñados (*sic*) de veras en la *construcción de un orden social más justo y humano*» (35).

Al hablar de los principios de la doctrina social católica, recuerda que «el principio básico de la *primacía de la persona sobre las cosas*» (...) es la consideración fundamental de donde «surge la concepción del orden social, político, económico y cultural, así como todo principio relacionado con ellos» (36); así como que «en toda la ordenación de la actividad social se debe tener presente la *dimensión moral*» (37). Y a los bolivianos les exhorta, ante «el proceso de secularización» a «transformar esta sociedad boliviana en una *sociedad nueva*, en una sociedad profundamente cristiana en sus fundamentos y en sus expresiones» (38).

Pero no debemos pensar que la «nueva evangelización» se refiere sólo a los países del Tercer Mundo. En nación tan desarrollada como Alemania, y ya en el año 1980, podemos encontrar en las alocuciones del Papa Juan Pablo II con motivo de ese viaje, las mismas ideas, los mismos acentos y las mismas exhortaciones. Y lo mismo podemos decir de las naciones que han podido salir del comunismo, como en sus discursos en Polonia con motivo de su viaje en junio y agosto de 1991.

Para no incrementar todavía más esta comunicación, reiterando las citas, me referiré tan sólo a aquellas cuestiones que para nosotros tienen un interés más acentuado. No porque el resto no tenga importancia o la tenga menor, sino en razón del tema de esta comunicación y de nuestra específica vocación volcada hacia la reconstrucción de la Ciudad Católica.

Las referencias del Papa a la magnífica herencia católica de

(35) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 162.

(36) JUAN PABLO II, *La nueva...*, págs. 162-163.

(37) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 163.

(38) JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 165.

las naciones europeas así como respecto a la necesidad de reconstruir Europa sobre sus auténticas bases, que no son otras que la cosmovisión católica, son continuas. Como lo son también las advertencias a los países que formaron la Europa comunista para que no se dejen deslumbrar y, por tanto, engañar, por el espejismo del fulgor de la prosperidad material de las naciones de Europa occidental.

En el discurso pronunciado el 15 de noviembre de 1980 en Bonn, ante el Presidente de la República alemana y demás autoridades civiles, Juan Pablo II señalaba, de una parte, que incluso fiel testigo de la íntima conexión entre la vida de la fe y las formas de la vida social lo es «la misma civilización técnica y la cultura moderna, que no podrían ser rectamente entendidas sin la aportación que desde sus orígenes han recibido de modo decisivo del cristianismo, tanto en su aspecto histórico como espiritual y moral» (...) (39); de otra, que el progreso verdadero se mide «por la primacía de los valores espirituales y por el progreso de la vida moral». «Por ello —añade—, sería una equivocación muy deplorable y de consecuencias catastróficas que la sociedad moderna confunda el legítimo pluralismo con la neutralidad de valores, y creer que en nombre de una democracia mal entendida se puede paulatinamente ir renunciando en la vida pública a la utilización de normas éticas y de las categorías morales del bien y del mal» (40).

Además recuerda cual es la misión de la Iglesia y las consecuencias que entraña en la vida social: «La Iglesia ha sido enviada para dar testimonio de la verdad y aportar de este modo una valiosa contribución para la organización de la vida social y pública de modo adecuado a la dignidad del hombre» (41). Contribución que no puede considerarse, en la enseñanza del Papa, como una más al lado de otras igualmente valiosas, sino como la única verdaderamente válida en cuanto a los fundamentos en que toda

(39) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Alemania* (15-19 de noviembre de 1980), BAC, Madrid, 1981, pág. 40.

(40) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral...*, págs. 43-44.

(41) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral...*, pág. 45.

sociedad debe establecerse. En efecto, casi al final de su discurso, el Papa, dirigiéndose a todos, católicos o no, indica: «No quisiera, señores y señoras, concluir estas breves reflexiones sin hacer un llamamiento a todos ustedes, en especial a aquellos que comparten conmigo las mismas convicciones de fe, para lograr que se manifieste de nuevo el fundamento cristiano de la historia de su pueblo y de los elementos constitutivos del Estado actual, tan impregnado por el espíritu cristiano. Una renovación moral verdaderamente profunda de la sociedad sólo puede ser auténticamente eficaz si viene de dentro, de sus propias raíces» (42), porque «(...) sólo de ahí puede venir, no sólo para cada nación en particular, sino para Europa y para toda la humanidad, la posibilidad de una existencia digna del hombre dentro de los peligros que continuamente se levantan de modo amenazador en el horizonte de la historia, y de una vida verdaderamente plena de todos los pueblos y hombres en verdad, justicia y paz» (43).

«Pocos de entre nosotros pueden hoy, decía en Osnabrück el 16 de noviembre de 1980, en su praxis de fe, sentirse sostenidos todavía con facilidad por un fuerte ambiente creyente. Más bien, tenemos que decidimos, conscientemente, a querer ser cristianos declarados y tener el valor, si es necesario, de diferenciarnos de nuestro ambiente» (44).

En la Misa celebrada en Chestocova el día 15 de agosto de 1991, Juan Pablo II señalaba: «Para el bien de las generaciones que vendrán es necesario que la nueva Europa se apoye sobre los fundamentos de los valores espirituales que constituyen el núcleo más íntimo de su tradición cultural» (45).

Y en Wloclaweck el día 7 de junio de 1991, el Papa clamaba contra el «européismo» y se indignaba antes quienes manifestaban que Polonia tenía que «entrar en Europa»: «No dejarse arrastrar en toda esta civilización del deseo y del placer, que prevalece en

(42) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral...*, pág. 45.

(43) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral...*, pág. 46.

(44) JUAN PABLO II, *Viaje pastoral...*, pág. 54.

(45) JUAN PABLO II, *Desde Polonia al mundo entero* (junio y agosto de 1991), Palabra, Madrid, 1991, pág. 152.

medio de nosotros, autodenominándose "europeísmo", que prevalece en medio de nosotros aprovechando las diversos medios de transmisión y seducción». Y añadía, para que no hubiera duda alguna sobre el rechazo que una tal civilización ha de merecer a un cristiano: «¿Es ésta la civilización, o más bien la anti-civilización? ¿La cultura, o más bien la anti-cultura? Aquí es necesario retornar a las distinciones elementales. En efecto, *la cultura es lo que hace al hombre más hombre. No lo que "consume" su humanidad*» (46).

«(...) nuestro 'entrar en Europa'. Ante todo —dice—, no debemos entrar, puesto que ya estamos en ella (...) en cierto modo hemos estado siempre y estamos en Europa. No tenemos necesidad de entrar porque la hemos construido nosotros y la construimos con mayor esfuerzo que los demás, a los que se les atribuye, o se atribuyen este mérito (...). *«La cultura europea fue creada por los mártires de los tres primeros siglos»* (47). «Europa tiene necesidad de la Redención... *el mundo tiene necesidad de una Europa redimida*» (48).

Pero el grito del Papa para que Europa retorne a sus raíces cristianas (49) o para que lo haga España, como nos dijo en su viaje en el año 1982 (50), tiene también su proyección en Hispanoamérica con el permanente recuerdo y alabanza de la labor evangelizadora de la Iglesia en América, que contribuyó eficazmente

(46) JUAN PABLO II, *Desde Polonia...*, pág. 66.

(47) JUAN PABLO II, *Desde Polonia...*, pág. 68.

(48) JUAN PABLO II, *Desde Polonia...*, pág. 69.

(49) Cfr. JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Europa desde la perspectiva de Juan Pablo II», *Verbo*, núm. 257-258 (1987), págs. 901-954 y las selecciones de textos de JUAN PABLO II, «Europa, su identidad cristiana y su actual crisis», *Verbo*, núm. 211-212 (1983), págs. 3-22; «El cristianismo y la cultura de Europa: pasado, presente y futuro», *Verbo*, núm. 287-288 (1990), págs. 913-923.

(50) Cfr. VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P., «La siembra de Juan Pablo II en España», *Verbo*, núm. 219-220 (1983), págs. 1.019-1.036; MIGUEL AYUSO TORRES y LUIS MARÍA SANDOVAL PINILLOS, «La confirmación de nuestra fe (en el aniversario de la venida de Juan Pablo II a España)», *Verbo*, núm. 221-222 (1984), págs. 3-24.

a impregnar sus culturas, de modo que a pesar de sus diferencias, todas ellas, en lo que tenían de aprovechables, se convirtieron en culturas católicas (51).

Los acentos, los énfasis, son ciertamente distintos a los de Pío IX, León XIII o incluso Pío XII. Pero a mi juicio está claro que la Iglesia, por medio de sus Pontífices más recientes, sigue exhortándonos a todos, si bien especialmente a los católicos de filas, a mostrarse como tales en todas las ocasiones de su vida, con el objetivo en la dimensión o aspecto social, de construir sociedades, mejor dicho de reconstruir sociedades y naciones cristianas, que lo sean, no sólo por la vida de sus miembros, sino también por su plasmación en sus instituciones, en sus leyes y en toda su actividad política y social.

En los pasajes citados de Juan Pablo II creo que no hay diferencia con palabras como las de León XIII al ordenar a los católicos que «han de procurar que todos los Estados reflejen la concepción cristiana (...) de la vida pública» (52) o con las de Pío XII al indicar que «la Iglesia no puede renunciar al ejercicio de su misión, que consiste en realizar en la tierra el plan divino de *restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra*» (53).

¿Qué tiene todo esto que ver con la Contrarrevolución? Mucho y al mismo tiempo muy poco, según el plano en el que nos situemos y según sea la perspectiva con la que enfoquemos la Contrarrevolución.

Nos es bien conocido el retruécano de José de Maistre: la Contrarrevolución, no será una Revolución contraria, sino lo contrario de la Revolución. Al referirnos a él, siempre hemos enten-

(51) Cfr. las selecciones de textos de JUAN PABLO II, «España, evangelizadora de América y Filipinas», *Verbo*, núm. 231-232 (1985), págs. 3-13 y «Evocación del ejemplo de la evangelización de América por España», *Verbo*, núm. 315-316 (1993), págs. 449-452.

(52) LEÓN XIII, *Inmortale Dei*, 23, en *Doctrina Pontificia. Documentos políticos*, BAC, Madrid, 1958, pág. 217.

(53) Pío XII, *Summi Pontificatus*, 66, en *Doctrina Pontificia. Documentos políticos*, ed. cit., pág. 793.

dido que lo caracteriza a la Contrarrevolución frente a la Revolución, además de la exclusión de determinados métodos, es la reconstrucción, basada en la ley de Dios, del tejido social allí donde la Revolución lo ha destruido. Por eso, durante muchos años en *Verbo* se reprodujo la frase de Albert de Mun, quien señaló que frente a la Revolución, que «es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre, en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios», la Contrarrevolución «es el principio contrario, es la doctrina que hace apoyar la sociedad sobre la ley cristiana».

Y Luis María Sandoval, el autor que en estos últimos años, a mi juicio, ha reflexionado con más profundidad sobre la Contrarrevolución —al que por dicho motivo me referiré con frecuencia—, en una visión más omnicompreensiva, la define como «el conjunto de hombres, organizaciones y acontecimientos en que se manifiesta una reacción integral contra la Revolución, que pretende establecer la constitución católica de la sociedad, e históricamente ha procurado continuar la tradición institucional anterior» (54).

En su aspecto social la «nueva evangelización», lo hemos visto, exhorta a todos a construir una sociedad cultural, social y políticamente cristiana: su doctrina es universal y vale para todos los hombres, todos los tiempos y todos los países, naturalmente incluso los que nunca tuvieron instituciones y regímenes católicos. Pero no excluye la defensa y la reconstrucción —y en su caso el mantenimiento— de aquellas naciones católicas que gozaron de lo que se ha venido en llamar un régimen de Cristiandad. Es más, en cierto modo, podemos decir que el Papa nos exhorta a esta tarea cuando insistentemente indica que hay que reconstruir las naciones —sobre todo las de Europa e Hispanoamérica— sobre sus raíces cristianas. Quizá alguien pudiera objetar que eso es llevar las cosas demasiado lejos y que lo que la Iglesia pide es únicamente que trabajemos por una sociedad que sea gobernada por la

(54) LUIS MARÍA SANDOVAL PINILLOS, «Consideraciones sobre la Contrarrevolución», *Verbo*, núm. 281-282 (1990), pág. 243.

filosofía del Evangelio. Pero como ha advertido con gran perspicacia Sandoval, el hecho de que no vivamos en un régimen de Cristiandad, no significa que haya que actuar «como si ésta no hubiera existido, por lo que no es válido pensar que hemos sido retrotraídos a un régimen de misión en un medio ajeno, como el de los primeros siglos de nuestra Era» (55).

Por eso, la Contrarrevolución, tiene en cuenta esa realidad de las sociedades actuales, en las que afloran por doquier los restos de la Cristiandad, y por consiguiente, no puede actuar como si se tratara de evangelizar a simples infieles o como si siguiéramos en sociedades en las que la vigencia social del cristianismo sigue siendo una realidad. Pretende reconstruir la sociedad cristiana que existió, aunque ello no significa el retorno al pasado, la mera restauración. Lo dijo San Pío X en texto sobradamente conocido, y de donde tomamos el nombre de Ciudad Católica, al señalar que era preciso una restauración y una instauración; no sólo por cambios que pudiéramos considerar circunstanciales, sino sobre todo porque como indicaba María Teresa Morán, el hecho de que aquella sociedad no hubiera sido universal y perfecta, obliga a que haya que instaurar y restaurar (56).

Esto es lo que propone la Contrarrevolución. Esta, como recordaba Sandoval, «es un fenómeno específico de los países católicos» (57), y aunque abarca todos los terrenos en los que libra su combate la Revolución, pone su acento «en atender primordialmente a lo social y político» (58).

En tal sentido, la Contrarrevolución puede incardinarse sin forzar las cosas, en la evangelización a secas y por supuesto en la «nueva evangelización». Desde luego, sin lugar a dudas, es así en lo más peculiar de la Contrarrevolución, que como recordaba el mismo Sandoval «es la defensa y promoción de una política ple-

(55) L. M. SANDOVAL, *op. cit.*, pág. 251.

(56) Cfr. MARÍA TERESA MORÁN CALERO, «Los principios del orden político católico», en AA. VV., *Los católicos y la acción política*, Speiro, Madrid, 1982, págs. 67-68.

(57) L. M. SANDOVAL, *op. cit.*, pág. 229.

(58) L. M. SANDOVAL, *op. cit.*, pág. 230.

namente católica» (59). Vimos que la Iglesia, por medio de sus pontífices, y del Pontífice reinante al cual nos hemos referido casi exclusivamente, no cesa de insistir en ello.

La Contrarrevolución es plenamente consciente de que no se trata de contrarrestar aislada o parcialmente aquél o éste mal de la sociedad actual, sino de combatir en todos sus frentes a la Revolución que no es una mera deficiencia social más o menos amplia, sino el propósito deliberado —y como destaca Sandoval «eficiente» (60)— de ignorar a Dios en la sociedad, cuando no se propone oponerse a El directamente. Por eso, a mi juicio, constituye una evangelización social y política. Porque no se limita a la restauración de los lazos sociales, sino que busca también hacer comprender la importancia de la dimensión política, para intentar conseguir después los cambios necesarios en esa dimensión. Lo habían advertido Maurras y Eugenio Vegas: mientras el régimen político no se cambie, toda acción parcial para intentar mejorar, mantener o crear instituciones sociales, puede en cualquier momento ser destruida, prohibida o incautada por el régimen político, sin más que promulgar la legislación correspondiente. De esa forma será preciso rehacer constantemente una obra que se destruye también continuamente desde el poder (61).

En este aspecto, creo que puede y debe considerarse a la Contrarrevolución como una respuesta correcta, no voy a decir que la única correcta de las posibles, pero sí la más correcta, a las exigencias que los tiempos modernos plantean a los católicos en la naciones de cultura católica en su tarea evangelizadora. Porque comprende toda la dimensión de lo que se opone a la Realeza Social de Cristo Rey y porque aspira a restaurar e instaurar en su integridad la Ciudad Católica.

Por otra parte, la Contrarrevolución fomenta al máximo el espíritu militante. Espíritu militante dirigido primordialmente a

(59) L. M. SANDOVAL, *op. cit.*, pág. 242.

(60) L. M. SANDOVAL, *op. cit.*, pág. 257.

(61) Cfr. E. CANTERO, «El pensamiento político de Eugenio Vegas Latapie», en AA. VV., *Eugenio Vegas Latapie (1907-1985). In memoriam*, Speiro, Madrid, 1985, págs. 94-97.

ese fin que es la característica más acusada de la Contrarrevolución, pero que no excluye en absoluto los otros aspectos de la evangelización, sino todo lo contrario, pues será tanto más perfecto cuanto más asentado este en una vida auténticamente cristiana en el plano personal. Como todo católico, el contrarrevolucionario está llamado a la santidad y la Contrarrevolución no se opone en nada a ello.

¿Y qué decir de la formación? La Contrarrevolución hace hincapié en la necesidad de la formación doctrinal, no solamente en el aspecto de la doctrina social y política de la Iglesia, sino también en otros muchos y variados aspectos, desde la catequesis, la formación de religiosos o la creación de colegios para que resulte más accesible una vida plenamente cristiana. Muchos de los que estáis aquí presentes podéis dar cumplido testimonio de ello. Como decía Eugenio Vegas, uno de los maestros de la Contrarrevolución en este siglo, «lo más necesario y fundamental es estudiar la Verdad católica y luego propagarla incansablemente» (62). Todo lo que se haga en este terreno de la formación doctrinal será siempre poco, ante la grave carencia actual en los católicos, incluidos los ambientes eclesíasticos (63).

En cuanto a la restauración de los lazos sociales, al restablecimiento de las libertades concretas y de las condiciones sociales que hacen posible una vida social justa, Giovanni Cantoni (64) mostró en nuestra XXVI Reunión en su conferencia sobre la Contrarrevolución y las libertades, la coincidencia entre la Contrarrevolución y el Magisterio de Juan Pablo II.

La afirmación de que la Contrarrevolución es una forma de

(62) EUGENIO VEGAS LATAPIE, *Escritos políticos*, Círculo, Zaragoza, 1959, pág. 10; o en el volumen citado en la nota anterior, pág. 7.

(63) Cfr. JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Qué somos y cuál es nuestra tarea», *Verbo*, núm. 151-152 (1977), págs. 29-50; E. CANTERO, «Importancia y necesidad del estudio», *Verbo*, núm. 231-232 (1985), págs. 21-39; «¿Qué es la Ciudad Católica?», *Verbo*, núm. 235-236 (1985), págs. 529-543; L. M. SANDOVAL, «Círculos y centros de estudio», *Verbo*, núm. 203-204 (1982), págs. 367-391.

(64) Cfr. GIOVANNI CANTONI, «La Contrarrevolución y las libertades», *Verbo*, núm. 283-284 (1990), págs. 451-473.

evangelización no debe extrañarnos ni debe sonar mal a nadie. La esencia de la Contrarrevolución, lo hemos visto en quienes más se han ocupado de ella en los últimos años, Ousset, Correa de Oliveira, Vallet de Goytisoló, Cantoni o Sandoval, todos ellos lo destacan, es que la esencia de la Contrarrevolución, su alma, es precisamente religiosa, cristiana, católica. Lo que la alienta es la religión católica.

El hecho de que la Iglesia no se refiera expresamente a la Contrarrevolución, ni emplee la palabra y en ocasiones no parezca apoyar a quienes se han empeñado en esa tarea no debe sorprendernos ni desalentarnos. Menos aún debe confundirnos haciéndonos pensar que erramos el camino, que no marchamos por una senda católica; y de ningún modo da pie para que nadie nos desautorice en nombre de la doctrina católica.

Del mismo modo que nosotros —a pesar de haber comprendido en su mayor amplitud lo que está en juego, lo que suponen la Revolución y la Contrarrevolución—, no debemos caer en el error de pensar que nuestro planteamiento es el único válido para los católicos, puesto que el campo de acción está constituido por toda la realidad de todas las sociedades, lo que permite una gran variedad y multiplicidad de vocaciones, tampoco quienes se dedican a otras tareas evangelizadoras pueden pretender desautorizarnos ni mucho menos combatirnos en nombre de la doctrina de la Iglesia. Hoy que el pluralismo está de moda, nadie puede olvidar o desconocer cual es el pluralismo del que habla la Iglesia como legítimo ni cual es la política católica que propugna la Iglesia. El legítimo pluralismo al que la Iglesia se refiere presupone la verdad y el bien, tanto de orden natural como sobrenatural y sobre ellos se basa la moral y la convivencia. Si el pluralismo es legítimo lo es a condición de que las diversas opciones posibles acepten un mínimo común constituido por la doctrina católica. Las opciones que no acepten esta integridad de la doctrina no son legítimas. Por eso Juan Pablo II al hablar de la nueva evangelización, repetidamente ha desautorizado a la llamada teología de la liberación y ha insistido en que la doctrina no se acomoda a nada, sino

que tiene que transmitirse en su pureza (65). Y en la *Centesimus annus* condena a las democracias modernas fundamentadas en el agnosticismo y el relativismo (66). Por eso al católico le esta vedado sostener aquellas políticas que son anticristianas, lo mismo que combatir, porque sostienen la integridad de la doctrina católica, a aquellos hermanos en la fe que públicamente defienden las tesis católicas.

Hay que ser plenamente conscientes de que la Iglesia tiene que ocuparse de conseguir las mejores condiciones para que la difusión de su doctrina y la práctica de la religión católica pueda llevarse a efecto para la salvación de las almas. Y que ni está ni, afortunadamente, puede estar ligada a sistemas, partidos o regímenes políticos, que no lo olvidemos son efímeros y humanos mientras que ella es divina y eterna y no puede verse identificada con ellos a riesgo de empañar su mensaje. Pero esto no debe tampoco ni descorazonarnos ni hacer perder a nadie la perspectiva. La Iglesia no sólo prefiere un régimen como el de la Cristiandad, sino que lo desea. En el momento en que este estuviera próximo su apoyo no faltaría.

Y es que la Contrarrevolución no se identifica con la Iglesia, ni en absoluto podemos pensar que es su salvadora. Ocurre todo lo contrario, pues es en la doctrina de ésta donde encontramos las bases de la obra de aquella.

Por otra parte, los acontecimientos de estos últimos años, lejos

(65) Cfr. JUAN PABLO II, *La nueva...*, pág. 112.

(66) «Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos. A este propósito hay que observar que si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia», *Centesimus annus*, 46, Ediciones Paulinas, Madrid, 1991, pág. 81.

de ser un motivo para el «descanso» han de constituir un acicate para redoblar nuestros esfuerzos. La Contrarrevolución tienen en ellos un argumento para continuar su obra. De una parte porque constituyen una confirmación de la verdad de la doctrina contrarrevolucionaria. Un frente bien amplio de la Revolución se ha derrumbado, y aunque sobre las ruinas del comunismo en Europa no se hayan alzado todavía las naciones institucionalmente cristianas, esos escombros muestran la falsedad de las doctrinas de la Revolución y —¡quién lo diría hace unos años!— su propia debilidad frente a quienes están dispuestos a combatirlos. Aunque las causas de esa caída son muy complejas, y evidentemente quedan fuera de esta conferencia, esas dos afirmaciones no dejan de tener validez. Esos hechos confirman que en las actividades sociales nada hay perdido, que nunca se puede «arrojar la toalla»; o como decía Maurras, que «cualquier desesperación en política es una bobada absoluta». Que «son las ideas las que gobiernan al mundo»; y que el espíritu tenaz e irreductible, apoyado en la realidad de las cosas, y con la ayuda de Dios, puede conseguir vencer obstáculos que parecen insuperables. Por eso, hay que huir de cierta tendencia «mozarabizadora», que no puede constituir más que una excusa para justificar una actitud acomodaticia, ciertamente más cómoda, pues elimina todos los inconvenientes del combate. Pero de haber triunfado esa actitud, en España no habría habido Reconquista.

Además, esos mismos acontecimientos nos muestran la falsedad de todas aquellas argumentaciones que consideran que la Contrarrevolución no tiene hoy sentido alguno. ¿Qué podrán decir hoy quienes ayer argumentaban que ante la realidad de un mundo que inexorablemente se deslizaba hacia el marxismo y el comunismo no había otro remedio que elegir cierto *modus vivendi* con él, incluso en los países que no había logrado imponerse? ¿Y que habría que arrojar a la cara de quienes llegaban a decir que era preciso colaborar con él? ¿Y a todos aquellos que decían que el movimiento de la historia, del que el marxismo era su más acabada expresión según los más recalcitrantes, hacía impensable una sociedad cristiana, una Ciudad Católica? ¿Qué habría que decir a

tanto católico, seculares y clérigos —e incluso algunos obispos—, que fueron fieles *compañeros de viaje*? ¿Y que podrán honradamente responder? No cabe duda de que faltan por entonar un sinfín de *mea culpa*, que, sin embargo, será vano esperar. La Contrarrevolución, pues, sigue teniendo virtualidad; no sabemos si más que hace doscientos o ciento cincuenta años, pero si sabemos, que con la caída del telón de acero, tiene más posibilidades que hace diez años.

La caída del telón de acero constituye un magnífico ejemplo para la reflexión (67). Del mismo modo que lo que parecía imposible hace tan sólo diez años ha ocurrido, también podrá ocurrir que la sociedad contra la que clama Juan Pablo II, que no es otra que la surgida de la Revolución, pueda caer. En ningún sitio está escrito que esta sociedad democrática, ni siquiera que la democracia, constituya la fase final de la historia o la única forma de organización social y política. Además, el haberse rasgado el telón proporciona la oportunidad para mostrar que se puede edificar sobre principios naturales y divinos, para volver al orden cristiano en todas las sociedades a ambos lados del antiguo telón (68).

No quisiera terminar sin hacer hincapié en nuestro deber; en nuestro deber como amigos de la Ciudad Católica. Es preciso militar, no conformarse con nada y aspirar siempre a más, exigiéndonos nosotros mismos cada día más y más; exigiéndonoselo a los demás y reconquistar posiciones una a una. El campo es inmenso, y no hay nadie que pueda decir que no encuentra donde o como actuar. Hemos de comenzar por nuestra propia vida interior entregándonos totalmente a Cristo. En Él encontraremos nuestra

(67) Cfr. L. M. SANDOVAL, *Cuando se rasga el telón*, Speiro, Madrid, 1992 y «Un camino para Rusia: la tradición política cristiana», *Verbo*, núm. 295-296 (1991), págs. 639-648; también, CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUÑA, «Al final de la utopía», *Verbo*, núm. 303-304 (1992), págs. 313-332, «Setenta y cinco años luchando por la libertad», *Verbo*, núm. 309-310 (1992), págs. 1.063-1.083 y «Del miedo a la esperanza», *Verbo* núm. 313-314 (1993), págs. 357-378.

(68) JUAN PABLO II no cesa de insistir en ello; como muestra, cfr. *Centestmus annus*, y E. CANTERO, *La concepción de los derechos humanos en Juan Pablo II*, Speiro, Madrid, 1990.

tortaleza. Sabemos que no somos nada, pero con El lo podemos todo. Esto no es una frase hecha, sino que hemos de convencernos de que sólo de ese modo podremos alcanzar la casa del Padre, que es para lo que hemos sido creados. Dos mil años de cristianismo dan fe de ello. Los santos más humildes, algunos o muchos de ellos, despreciados por el mundo, lograron una obra que no se entiende más que porque no eran ellos quienes obraban sino Cristo a través de ellos. El amor a los demás, la constitución de instituciones y sociedades cristianas procedían de la fuerza que les daba su amor a Cristo, con la que superaron todos los obstáculos. No hay que desfallecer y abandonarse; y si alguien piensa que nuestra tarea es ardua, incluso la más difícil de la historia, lo que al menos a mí me parece francamente excesivo, debe ser consciente que ha sido Dios quien le ha hecho nacer en esta época y que no le han de faltar los auxilios necesarios para perseverar. Como recordaba el P. Martínez Cano en la homilía de la misa de ayer, la oración es la base de esa unión con Cristo.

Lo que no hagamos nosotros, lo que no estemos dispuestos a hacer, no tenemos derecho a pensar que otros lo harán; ni a exigir a los demás lo que nosotros no queremos hacer. Con frecuencia nos lamentamos de la sociedad en que vivimos porque nos gustaría más otra cristiana. Pero las sociedades las hacemos los hombres que las componemos. Nada hay inexorable. Pero pensemos que las cosas pueden aún empeorar. Hace unos días, en París, le comentaba a Miguel Ayuso en una de las múltiples librerías que visitamos, que en España todavía no se podía escribir un libro como aquel que veíamos ante nosotros y que era muestra de la descristianización de Francia. El libro tenía por título *Historia de los católicos en Francia*. Si queremos evitar que algún día se escriba una obra similar en España, tenemos que trabajar, por todos los medios, con una entrega total, para que se sigan escribiendo «Historias de España».

Y hemos de perder cualquier temor a proclamar lo que creemos y a vivir conforme a nuestras creencias. Y a procurar que aumente el número de los que se salven. Y a intentar que se comprenda la dimensión y la esencia de la Revolución y, por supuesto, de la

Contrarrevolución. Que se comprenda lo que está en juego. Con toda razón el Papa lanzó aquel grito: «Cristianos no tengáis miedo». Y es que parece que los católicos padecemos un complejo de culpabilidad por el hecho de ser católicos y tenemos que ir pidiendo perdón por nuestras convicciones. Es hora de que dejemos todo temor y nos dediquemos a profesar íntegramente nuestra fe.

Juan Pablo II nos anima continuamente para la tarea evangelizadora. No es algo a lo que podamos hacer oídos sordos; es nuestra obligación como católicos.

A quienes pertenecen a otras obras, instituciones o grupos, quisiera decirles que debéis redoblar vuestros esfuerzos en ellos. Y que consideréis que la Ciudad Católica puede proporcionaros un auxilio en determinadas materias, especialmente en el aspecto formativo y doctrinal del combate contra la Revolución en el que todos los católicos deben empeñarse. Es necesario comprender la intrínseca maldad de la Revolución para poder combatirla. Y es necesario comprenderlo bien.

Vivimos en una sociedad en la que todos los ismos nos acosan: laicismo, naturalismo, hedonismo, permisivismo moral, consumismo. Juan Pablo II no cesa de advertirnos de sus males, que nosotros vemos cada día, a cada hora, al tiempo que nos recuerda nuestra obligación inexcusable de oponernos a ellos. Entre estos el mal del consumismo surge una y otra vez en su predicación. Continuamente nos habla de la primacía del ser sobre el tener. ¿Verdaderamente nos sentimos desazonados por esa sociedad? ¿No será, quizá, que aunque intelectualmente no hayamos claudicado, en la vida práctica, nos sentimos muy a gusto en esa sociedad que proporciona tantas cosas agradables? ¿No deberíamos renunciar a muchas de esas cosas para ser más católicos, más contrarrevolucionarios? Para ser, en una palabra, verdaderos evangelizadores. Nuestro testimonio, nuestra vida cotidiana, ¿concuerdá de verdad con nuestra doctrina?

Quienes pertenecemos a la Ciudad Católica o nos sentimos más vinculados a ella, debemos militar plenamente en ella. La militancia es participación en el trabajo que nos hemos propuesto. Y ahora quisiera poner el acento en tres aspectos: el incremento

de los grupos de estudio, la tarea difusora de nuestra obra, mediante la compra y difusión de nuestros libros y las suscripciones a la revista *Verbo* y la necesidad de la contribución económica a través de la *Fundación Speiro*, necesaria para poder editar, para trasladarse a dar conferencias, para organizar grupos de estudio, congresos y reuniones, para colaborar al sostenimiento de los conventos de clausura y de becas a seminaristas, futuros sacerdotes del mañana. Perdonarme que insista en este aspecto crematístico, siempre desagradable. Pero ahora que la Iglesia hace propaganda para su sostenimiento, parecería innecesario recordar que todo necesita ser sostenido. Si somos conscientes de los pocos que somos, hemos de ser conscientes que ese mismo escaso número es quien debe colaborar para sostener la obra de la que participamos. Cosas tan sencillas como la edición de libros —quisiéramos editar muchos más— necesita que las ediciones vayan cubriendo sus costes. La compra de los libros por nosotros mismos contribuye a que puedan llegar a otros, que de otro modo no podrían adquirirlos, porque no podrían editarse.

Uno de los maestros de muchos de nosotros, el inolvidable Eugenio Vegas, lo resumía en unas breves frases que he repetido en más de una ocasión: «hay algo más que hacer que hablar y que exponerse inconscientemente a morir en una convulsión social. Hay un deber de prestación personal que obliga a poner contribución diaria, la inteligencia, y el brazo y la alcancía» (69).

Para concluir quisiera sólo recordaros, que nunca debemos olvidar que la entrega a la causa, que lo que ésta exige, no son ratos libres, ratos perdidos que nunca terminan por llegar, sino una auténtica dedicación. Si nos exigimos poco, nada obtendremos; si nos exigimos mucho, conseguiremos mucho más.

(69) E. VEGAS LATAPIE, *Escritos políticos*, Cultura Española, Madrid, 1940, pág. 197.